

pondió una palabra con acierto. Nada sabía; todo lo había olvidado! Su padre que era uno de los sinodales, reprendióle con aspereza, echándole en cara su desaplicacion y abandono, y poniendo en paralelo su ignorancia con los adelantos manifestados por sus compañeros, y eso que eran menores que él *en edad, en saber* y aun *en gobierno*.

—A ver, le decia el irritado padre: ¿dónde está lo que sabias?

—El muchacho bajaba la cabeza y me dirigia al soslayo una mirada, sin duda de gratitud. . . .

—Responde, Julian, que no te habla un perro.

—Se me ha olvidado, respondió el muchacho con una vocecilla semejante á la de una chirimía.

—Con que lo has olvidado? ¿y por qué razon? Vamos dila.

El muchacho conocia que la mejor razon era no dar ninguna.

—¿No respondes?

—Pues sí. . . .

—Pues si qué?

—No he podido estudiar por que he cuidado á los demas niños. . . .

—Hola! segun eso tú eres el maestro?

A la palabra maestro cien ojos se fijaron sobre mí. Yo debía tener la cara del color de un gitomate. . . .! El padre continuó:

—Pues como es que tus compañeros saben mas que tú?

—Si no saben nada, respondió el diabólico muchacho.

—Calumniador! mira, mira sus planas.

—Esas. . . . las hizo mi señor maestro.

—Cómo! veamos, espílicate.

El traidor discípulo; este nuevo Judas vendió á su maestro miserablemente revelando los *íntimos arcanos* de la escuela. Yo sentia morir, y hubiera querido arrojar en la garganta del traidor un puñado de alfileres. El certámen terminó sin haberse acabado. Todo el mundo se fué yendo sin decirme una palabra, y al último de todos, mustio, cabisbajo, lacrimoso, visiblemente arrepentido, marchaba mi nuevo Judas, sin atreverse á dirigirme una mirada.

— ¡Ah traidor! exclamé yo: has vendido á tu maestro; te acosa el remordimiento, y vas á ahorcarte! Bien! con tal que lo hagas te perdono! Una hora permanecí en la escuela, solo, entregado á mis amargas reflexiones. Pasado este tiempo la cerré y me dirigí á casa, haciendo un largo rodeo por las orillas del pueblo, pues no tenia valor para presentarme delante de nadie. La vista de los árboles me recordó al alumno, y comencé á buscar en cual de ellos estaria pendiente de una cuerda el traidor discípulo. Derrepente le ví. . . .! Allí. . . .allí esta. . . .! ¡Dios mio! él es. . . .! Está. . . .jugando á la maruca con otros chicos!!

¡El traidor conoció que no era la sangre del justo la que había vendido!

Al dia siguiente, merced á los consejos del alcalde, la escuela se quedó sin maestro, bien que durante doce meses no lo había tenido. Muy á mi pesar tuve que dirigirme á otro pueblo, donde duré un año; luego á otro donde permanecí dos; y desde entonces, y durante cuatro lustros fuí un verdadero *maestro de la legua*, epíteto que en mi concepto le sienta bien, no solo al cómico, sino al pedagogo ambulante y negligente.

Por lo regular era despedido de una poblacion merced á mi abandono reprehensible; y aunque es cierto que había aumentado notablemente el caudal de mis conocimientos, jamas los empleaba en instruir á mis alumnos, porque yo no había nacido para ejercer tan digno y noble ministerio, y solo la miseria fué la que me hizo adoptar una profesion que había deshonrado por mil títulos.

Al fin llegó el dia del arrepentimiento y de la enmienda. Tuve á mi cargo la escuela pública de una hermosa poblacion, donde fuí querido y respetado de los padres de familia, cuyos hijos sustentaron, durante cuatro años, lucidísimos certámenes. Yo vivia contento y feliz, tranquilo y satisfecho; pero el destino que interpuso un Cromwell entre Carlos 1.^o y el trono; un Basilio Schuiski entre el Falso Demetrio y el mayor de los imperios, y un Waterloo entre Napoleon y el mundo; á mí, ser pequeño y despreciable, me colocó un D. Juan y un ridículo *notario*. Este D. Juan era aquel mismo D. Juanito que regalaba cuitlacoche á Barbarita mi conjunta. Por mis negros pecados, que no pueden ser mas negros segun se ha visto, el susodicho D. Juan se encontraba en la misma poblacion que yo, y era íntimo amigo del notario, que ocupaba la séstuple dignidad de sobrino del cura, notario, sacristan, presidente de la junta de vigilancia, tinterillo universal, y patrocinador neto de cuantos chismes, embrollos y enredos solian conmover de vez en cuando á la pacífica poblacion. Mi hombre, tonto, presumido y déspota; amanerado y ridículo, fátuo y presuntoso, que amaba tanto á los niños y á los hombres como los buitres á las palomas y las panteras á los corderos; mi hombre, repito, á pesar de sus reelevantes prendas, había dado en protegerme, y en volverse mi uña y carne, aunque mas bien creo que era á su íntimo D. Juan á quien protegía. Mas dejemos por ahora al notario, á quien algun dia presentaremos en escena, no como un tipo, sino como la escepcion, y vamos á habérnoslas con el D. Juanito.

Para dar á conocer los sucesos, y algo mas el carácter del pedagogo y su mitad, preciso es copiar el siguiente diálogo entre Barbarita y mi persona respetable.

Una tarde salí de la escuela, atufado y siniestro, deseando no pertenecer al vulgo de los maridos. Llegué á casa y entré á ella sin saludar á Barbarita, que á pesar de sus años aun se conserva fresca y tentadora. Mi muger se alarmó al ver mi talante hostil; quiso averiguar

la causa, mas yo por toda respuesta tomé un catecismo de Ripalda que estaba á mano, é hice como que iba á leer. Barbarita se retiró. Así permanecí unos diez minutos, hasta que al fin no pude sufrir mas.

—Barbarita?

—Vida mia?

—Ven acá, tengo que hablarte. Mira: arrima por aquí tu silla.

Mi muger se sentó junto á mí, no sin manifestar algun embarazo, al mismo tiempo que curiosidad é interes por saber lo que iba yo á decirle. En cuanto á mí, coloqué el catecismo sobre de la mesa; quitéme los anteojos; saqué de mi bolsillo el paliacate, y comencé á limpiar los vidrios, acompañando esta operacion con toses y regüeldos que manifestaban muy á las claras mi embarazo para romper el silencio. Barbarita, al fin, tuvo mas valor, y se atrevió á decirme:

—Qué te sucede...? Para qué me has llamado?

—Mira, Barbarita: toda fiel esposa está muy obligada á decirle la verdad á su marido, en necesidad grave, á juicio de hombres sabios.

—Y á qué viene eso...?

—Espera; dejame seguir:—Sabes asimismo que segun se usa entre gente de buena conciencia, la muger debe habérselas con su marido con amor y reverencia como la iglesia con Cristo. Y esto te lo digo porque sé que eres cristiana y amas la tranquilidad de tu esposo y compañero.

—Todo eso está muy bueno; pero lo que deseo saber, porque me hace fuerza lo que me dices y aconsejas, es el motivo que tienes para encajarme semejante sermón?

—A eso voy.

Aquí fijé mis indagadores ojos en los de mi muger, y con el tono mas ridículo del mundo la dije:

—Barbarita: mírame de frente y dime la verdad. Ha venido hoy el D. Juanito?

—Aaaah! con que de eso se trata?

—Te pregunto si ha venido!

—Pues bien! sí vino. Y por eso pones tamaña cara?

—Lo has adivinado.

—Vaya, hombre, ¡que tonto eres!

—No tan tonto que digamos! Mira, hijita: ese hombre ha venido al mundo para mi ejercicio y mayor corona! Seria muy bueno que en lo sucesivo no le recibieras en casa.

—Hola! y por qué no he de recibirle? ¿Por ventura me puede hacer fuerza á que....

—Calla, Bárbara: no hables desatinos. Ya sé que no puede; pero si inclinarte con tentaciones. ¡Ya sabes el demonio como nos tienta!

—Ya lo sé, ya lo sé; pero yo tengo una alma que perder, y por mas que D. Juan sea un sujeto alegre y tenga sus ocurrencias....

—¡Pues hay está! Esas ocurrencias; esos dichos y usos de los mundanos, pierden á nuestras almas, ó cuando menos las entibian y disponen para el pecado mortal....!

—Anda, hijo; no seas *visionudo!*

—Lindísimo! No lo sea V. cuando conoce las flaquezas de nuestros prógimos! y sobre todo cuando son como el D. Juanito, que me encocora con su charla, sus modales, y muy particularmente con sus visitas continuadas, por ser mas importunas y peligrosas.

—¿Y qué remedio?

—¡Cómo qué remedio!

—Sí; ¿despediremos á ese hombre de buenas á primeras?

—He! Yo no digo tanto como eso; pero sí, con cierto modo, puedes darle su patente, y hacer que entretanto modere sus licencias y osadías.

—Ha ver; véamos cómo?

—¡Válgame Dios! No quieres comprenderme, hijita.

—Pero, hijito mio, tienes unas ocurrencias....!

—¡Con razon!

—¡Me crees capaz de quebrantar la ley de Dios y de sus santos....

—Eso no he dicho yo!

—No crees tampoco que tengo la debida inclinacion á la limpieza....

—Mucho menos he dicho eso!

—¿Piensas que no sé poner medio entre los extremos?

—Eh! basta ya!

—Y presumes, en fin, que yo tengo apetito desordenado....

—Calla, muger. Vas á decir una heregía! Nada de eso te he dicho yo, y el hacerte conocer las verdades, es tan solo para que puedas juzgar bien de ellas. Ahora bien; ¿quieres dar gusto á tu marido, ya que él siempre te lo ha dado á tí?

—Sí por cierto.

—Pues entonces que no se pase esta semana sin que el D. Juanito reciba su patente, y que el diablo cargue con su proteccion y sus embrollos.

—Bien está: haré lo que deseas, y ahora solo te pido me digas con qué palabras que me sirvan de introduccion adornaré esta despedida?

—Escucha: pareceme que podrás decirle de esta manera, considerando la carota que pondrá:—“Muy señor mio y mi dueño: muy agradecida le vivo á vd. porque ha querido honrarnos, obligarnos y enriquecernos; pero ya vd. vé; yo soy casada; mi marido por lo regular no se halla en casa, y luego...! las malas lenguas....! Por tanto, me pesa en el alma tener que decirle á vd. que no vuelva á visitarnos y confiando en que me perdonará esta mi franqueza, espero no dará motivo para nunca mas volverlo á descolar.”

—Amen.—Respondió Barbarita, poniéndose á reir en seguida con todas ganas.

Mi muger tenia razon para entregarse á aquella hilaridad. Nuestro diálogo, segun habrá observado el lector, comenzó nada menos que por el *Todo fiel*, y vino á terminar precisamente con el acto de *Contricion*.

Esa noche la pasé tranquilo, merced á la resolucion de mi muger. Pero al dia siguiente hallándome en la escuela, los celos asaltaron de nuevo mi corazon, cuando mas quieto se hallaba. ¿Y por qué fué ello? ¡Ay! vergüenza me dá el decirlo. Uno de los chicos mas chillones estudiaba á gritos la *cuenta* que tenia señalada para el sábado. Derrepente le oí gritar aquello de *visitas, ocasiones malas, poca devocion y sobrada confianza*; y entonces, á pesar mio, recordé que en casa podia haber una *visita*; que esta *visita buscaba las ocasiones malas*; que tenia, sobre todo, *muy poca devocion*, y sobradísima *confianza* con mi Bárbara, que por cierto no estaba escenta de cometer una *barbaridad*. En la tarde quedé mas tranquilo. Mi muger habia cumplido su palabra despidiendo á la visita; empero media hora despues volvimos á las andadas, porque hallándose Bárbarita en la ventana y yo en la puerta de la calle tomando el fresco, mi *aspirante á socio* pasó frente á nosotros, saludando á mi muger, mientras que omitiendo aquella atencion para conmigo me miró sonriéndose en mis barbas.

¡Dios mio! Habia sido yo víctima de alguna infame comedia...?—Ocho dias permanecí haciéndome esta pregunta, hasta que al noveno me desengañé completamente. Un oficio respetuoso me ordenaba cerrar la escuela, poniéndome en el caso de largarme con la *música á otra parte*; pero al menos sin soportar el peso de dos nuevos *instrumentos*.

Ahora, dos palabras para concluir.

¡Terrible cosa es el retratar á un feo! Cuando algun desesperado se echa á pechos tan colosal empresa, necesariamente obtiene alguno de los dos siguientes resultados:—El retrato ó sale bueno ó sale malo. Si lo primero, el dueño queda descontento y le llamará á vd. un imbecil pintamonas. Si lo segundo, el original publicará que es vd. un grande artista; pero eso no quita el que vd. haya engañado al dueño, y á las personas que miren la *obra aduladora*.—¿Qué hacer, pues, cuando tengamos que dar al público la fiel imágen de algun feo?—Retratarse á sí mismo para quedar en paz con todo prójimo de histérico y de bilis. Esto es lo que he hecho yo; y quizá los pedagogos de mi calaña, al mirar mi retrato, se horrorizarán de él, y procurarán volverse mas *bonitos*.

¡Quiera Dios que así sea, aunque eso de cambiar caras es un don concedido solamente á la *luna*, á las *coquetas* y á los *políticos de profesion*!—A.

Julio de 1855.